

ta con una tela y además con una cortina de seda encarnada, y no se descubre sino en ciertos dias. Es falso que Pio IX la haya hecho trasladar al Vaticano, despues de la invasion.

El lienzo con el cual enjugó Nuestro Señor Jesucristo, los piés de sus apóstoles, despues de habérselos lavado, está en San Juan de Letran.

Un pedazo de madera del lecho, sobre el cual estaban sentados Jesucristo y los apóstoles durante la última cena, está en el Santo de los santos.

El lienzo con que fueron vendados los ojos de Nuestro Señor Jesucristo, cuando fué abofeteado y escupido, está en San Francisco á Ripa.

El vestido de púrpura, con que por irrision le cubrieron en el pretorio, está en San Juan de Letran.

Un pedazo del mismo, está en San Francisco á Ripa.

La túnica sin costura, en Santa Praxédís y San Roque.

El velo de la Santa Verónica, en el cual fué impreso el Santísimo Rostro de Nuestro Señor Jesucristo, en San Pedro del Vaticano.

Veinticuatro espinas de la santa corona, están así repartidas: tres en San Márcos, tres en Santa Praxédís, dos en San Bartolomé de la Isla, dos en San Silvestre *in capite*, dos en San Juan y San Pablo, dos en la Santa Cruz de Jerusalem, dos en San Pedro del Vaticano, dos en Santa Cecilia, una en S. Juan de Letran, una en San Bernardo, una en San Francisco á Ripa, una en Santa María de Loreto, una en

San Lorenzo *in paneperna*, parte de una en Santa María *in capitelli*, y la otra parte en Santa María in Trastéveri. Estas espinas son regularmente largas, rectas y agudas. Su color es entre blanco y el análogo al de la madera. Algunas aparecen con huellas de sangre.

Pedazos insignes de la verdadera cruz: en Santa Cruz de Jerusalem, San Pedro del Vaticano, donde se tienen la cruz de Constantino y la del Emperador Justiniano II; en San Juan de Letran, en Santa María la Mayor, en San Francisco á Ripa, en Santa Praxédís, en San Márcos y Santa María *in campitelli*.

Uno de los treinta dineros de Júdas, en la Santa Cruz de Jerusalem, en un elegante relicario del renacimiento.

La lanza con que fué perforado el sacratísimo costado de Nuestro Señor Jesucristo sobre la cruz: en San Pedro del Vaticano. Se conserva en esta Basílica el relicario de cristal, montado en oro, esmaltado, en el que, bajo el Pontificado de Inocencio VIII, fué enviada la Santa Lanza de Constantinopla á Roma, por el sultan Bajazeto.

El cofre de madera en el que fué traído á Roma el divino Rostro de Nuestro Señor, está en Santa María la Rotonda, vulgarmente llamado el Panteon.

(Continará.)

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga, (responsable.)

TOM. 3. Guadalajara, Setiembre 22 de 1880. NUM 4.

### SECCION III.—Variedades.

#### TRADUCCION

de un notable discurso sobre la Escuela sin Dios, y aplicacion de sus doctrinas á las Escuelas parroquiales.

Vendrá tiempo en que los hombres no podrán sufrir la sana doctrina, que teniendo una comezon extremada de oír lo que lisonjee sus pasiones, recurrán á doctores propios que halagarán sus oídos con el *prurito científico*, y los cerrarán á la verdad, y las aplicarán para el error y la mentira.

(S. Pablo.—2. Ep. á Tim. c. 4. v. 3-4.)

La Iglesia católica posee el poder de crear escuelas, y de enseñar en ellas las ciencias humanas. Lo tiene por derecho natural, divino y público de las naciones cristianas. Por lo que, durante quince siglos, ella ha usado extensa y pacíficamente, del derecho de enseñar. Creó la escuela, para formar al hombre un fiel cristiano; y sus resultados en esta grande empresa han sido tan inmensos, que si buscamos la causa de la civili-

zacion humana, despues de hallarla en el templo, que es el laboratorio de las almas por excelencia, la hallaremos tambien en la escuela, en la cual se forma el hombre para entrar en aquella.

Este buen resultado obtenido por la Iglesia de Dios con sus escuelas, ha despertado las sospechas y la envidia de los *libre-pensadores*, los que, apercebidos de que la escuela es una fuerza, han tratado de apoderarse de ella, para dominar desde ahí á todo el mundo. Por la escuela, la Iglesia ha triunfado; por la misma el libre pensamiento aspira á reemplazarla; y por ésto frente á la escuela cristiana, él ha fundado la *Escuela laica*. Con esta palabra ha tratado de dulcificar lo que ella encierra, porque no se atreve á atacar á cara descubierta las *preocupaciones cristianas*; como las llama, y por esto ha escogido una expresion hipócrita como es esta: *Escuela laica*.

Escuela laica—Ah! si en ella no hubiese de laico mas que el preceptor, que pase, y nada tendríamos que decir. El preceptor laico, cuan-



genios los de Platon y Aristóteles, Ciceron y Demóstenes!; todos se apasionaron por el estudio de los problemas que indiqué. Los acometieron de frente con una voluntad sincera de resolverlos. Los que han leído sus obras, conocen la solución que les dieron. El más feliz, el que se aproximó más á la verdad, fué el divino Platon. Y sin embargo, ¡Dios mio! qué miserable es este divino Platon, y cuántos absurdos estampó! Un niño de nuestras escuelas que sabe el catecismo, podría enseñarle más. Y á pesar de esto, las obras de Platon no dejan de reputarse inmortales; se les edita todavía; pasan de generacion en generacion con todo el respeto debido; mas los honores que reciben y que estoy lejos de criticar, no les quita que dejen de ser absurdas en los puntos de que nos ocupamos. La antigüedad entera ha desbarrado sobre las verdades más fundamentales, porque sus escuelas fueron escuelas sin Dios, y carecieron de la enseñanza de la fe.

Después, un hombre de ingenio, en medio de toda la Europa, inflado de loco orgullo, ha querido romper con las tradiciones cristianas y pasarse sin la luz de la revelación. Desde luego, el absurdo ha vuelto á aparecer y lo que es más, en proporciones desconocidas hasta entonces. Desde Lutero, en efecto, se ha visto á la tenebrosa Germania, su patria y su hija en la heregía, reno-

var todas las falsas utopías de la antigüedad. Porque las fórmulas de esta pretendida ciencia anticristiana, eran oscuras, se les llamó profundas; porque eran incomprensibles, se dijo que honraban al espíritu humano, que las había concebido. Desgraciadamente aquellas han invadido todo el mundo: se les expone en las vidrieras de los bazares en las más populosas ciudades. Muchos de nuestros maestros, imitando á Lutero, y bebiendo, como él, en la copa del orgullo, han puesto á su servicio la claridad y facilidad de ciertas lenguas, cuyo aprendizaje llegaron á hacer, y poniéndolas al servicio de esta triste y nebulosa filosofía, no han podido, ni podrán nunca, darles claridad. Los principios de esta hueca filosofía, no se sostienen ante el análisis, y la crítica contemporánea ha venido á demostrar, otra vez más, que la ciencia sin Dios, conduce al fatalismo, al absurdo.

Y también lleva al orgullo. La ciencia separada de Dios, es soberbia. La historia recuerda la caída de aquel ángel, que en la mañana de sus días, en el fondo de los límpidos cielos, mirándose y admirándose, quedó embriagado de su belleza. La ciencia se ha hecho como este ángel; se ha contemplado, ha visto con orgullo sus conquistas, y se ha dicho: "*Soy la ciencia.*" Después, pasando por frente de la fe, con aturdimiento arrogante, le ha

dicho: "*Tú eres el oscurantismo.*" A tí el pasado; á mí el porvenir." A las fórmulas de nuestro *Credo*, ha dicho: "No sois científicas; por eso no os acepto." Y así ha continuado inflándose como el zapo, adorándose y deificándose como el ángel caído, á tal punto que hoy, á los ojos del mundo frívolo, cuando se dice:—La ciencia,—se ha creído decir la última palabra de todas las cosas.

No ha sido éste el último atrincheramiento del orgullo. Ha dado un paso más, y ha llegado hasta el aborrecimiento. ¡Cosa sorprendente! la ciencia que debía ser un cántico de gracias en honor de su Creador, no tiene más que blasfemias en su boca.—Miradlo, en efecto. Trabaja de día y de noche, sudando hasta desfallecer, se consume en sus laboratorios, se acuesta junto á sus crisoles, sube á los cielos para contar las estrellas, desciende á las profundidades de la tierra para comprender la superposición de las costras, se detiene cuando ve la huella de un helecho, se entusiasma en el estudio de un hueso de alguna raza extinguida, quiebra los guijarros, destila el agua de los ríos..... Y bien, en las profundidades de los cielos, ¿qué busca? Un progreso, ¿no es así?...Nó! Un miserable argumento contra la fe, contra la Iglesia, contra la Biblia, contra Jesucristo.... ¡Extraña pasión, rara locura, llevada hasta el paroxismo de la demencia! Tales son las consecuen-

cias á donde va á parar la ciencia sin Dios.

Razon tenía Bacon, cuando decía: "Nada pierde la religion; la ciencia es la que tiene necesidad de aquella. La religion es el aroma que la preserva de la corrupcion. Lejos de perder en sus movimientos ascensionales, Dios ilumina su marcha, la dirige, la contiene, la endereza." Qué bella es la ciencia! Yo la saludo, la glorifico, la amo; pero la venero de rodillas, postrado ante Dios, orando con humildad, besando el escabel del Omnipotente, cuando se apodera del mundo que analiza, para hacerle cantar un himno de alabanzas á la gloria del Creador. Yo la amo; haciéndole una diadema con las estrellas, un pedestal con las montañas, un bouquet con las flores de la tierra, un homenaje con el corazón.

La ciencia sin Dios, ya lo veis, va á terminar al absurdo, al orgullo, al aborrecimiento.

## II.

Y ¿qué diré de la educación sin Dios?

La ciencia y la educación son dos cosas inseparables. Se ha tratado de separarlas: inútil tarea. Pues ¿qué creéis que siendo el hombre una unidad perfecta, esto lo debe al azar? ¿creéis poder hacer la educación de su inteligencia aparte de la de su corazón? Físicamente, el hombre es una perfecta unidad, y por eso jamás habreis visto á la madre ó á la no-



driza, ocuparse separadamente de la cabeza, de los piés ó del pecho del infante. Pues bien, lo que sucede en el órden físico, lo mismo se observa en el moral, donde, sobre todo, el hombre es completa unidad viviente: á todas las facultades de su alma, se les debe toda la educacion á la vez.

Y esta educacion es más importante que la ciencia. La enseñanza de la ciencia se dirige al espíritu. En rigor, yo concibo y os concederé una especie de ciencia sin Dios, corta, estrecha, necesariamente falsa sobre muchos puntos, si la quereis llamar ciencia; porque el espíritu del niño es una mesa acepillada sobre la que el dedo del preceptor puede escribir, sin Dios, fórmulas algebraicas, químicas, hechos históricos, conocimientos de las ciencias naturales y puede ir más allá: os lo permito; pero en cuanto á la educacion, os desafío á que podais hacerla sin Dios.

La educacion se dirige al alma enteramente. La recibe con todas sus facultades. Se refiere á la cabeza que piensa, al corazón que palpita, á la libertad que le conmueve; la educacion se aplica á equilibrar las facultades, á elevarlas, á enaltecerlas. Ella es la que reprime las pasiones, ordena los sentidos, modera el carácter, traza en el alma del niño la línea de conducta que debe observar en el porvenir. ¿Comprendeis ahora, la superioridad de la obra de la educacion? Y ¿quién, sin Dios,

podrá acometer esa obra de gigantes?

No hay educacion sin moral; y ¿puede concebirse moral, sin Dios? Oíganme, una vez por todas, los que así lo crean.—La moral es una serie de preceptos y de leyes, y toda ley descende de un ser superior á otro inferior. Ninguno es legislador para sí mismo. No me habéis de *moral civil*, no la conozco; ni de *moral nacional*, tampoco la acepto, mucho menos la *moral natural*. Sin Dios, toda moral es vaga, indeterminada, insuficiente. Y cuando digo sin Dios, quiero decir sin Jesucristo.—El Autor de la naturaleza que habita el sol, que irradia al través del *Cosmos*, este Dios no es el nuestro, porque es un fantasma.—Queremos á Jesucristo, al Dios verdadero, al Salvador de la humanidad. Su moral es la única eficaz *para la educacion*.

La moral es un precepto. Supone á Dios necesariamente como legislador supremo. Supone igualmente una sancion; pues de otra manera es una teoría, una utopia, buena solo para espantar niños, y no para dirigir á los hombres. Pues bien, solo dos sanciones puede tener la ley moral: la conciencia en esta vida, y el infierno en la eternidad. Y sin Dios, ¿qué viene á ser la conciencia? Sin Dios en la escuela, la conciencia se amortigua poco á poco, pierde su susceptibilidad, su delicadeza y su elasticidad. Sin Dios, la conciencia se acostumbra

bra á todo, al bien y al mal, sin remordimientos; y por consiguiente, la ley así no tiene sancion moral sobre la tierra. La ausencia de Dios en el alma, mata, asfixia la conciencia.

La segunda sancion es la del infierno en la eternidad. El infierno! Pero ¿quién aceptará nuestras convicciones sobre esto, cuando las prediquemos en la escuela sin Dios, tal como la sueñan los gefes del movimiento anticristiano? Seguramente que nadie.—Los dogmas del símbolo no se profesan allí. El nombre de Dios no se conoce en aquellos lugares; el Crucifijo se arrancó de aquellas paredes; y en fin, la Iglesia católica no tiene entrada en esas escuelas. Y en este vacío espantoso, entre las matemáticas, la química, la historia natural, yo pregunto: ¿en qué vendrá á parar el temor del infierno, en el alma del niño?..... Ved, pues, lo que es la educacion sin moral.

Y con todo, nuestros nuevos doctores se engrién, creyendo formar así al hombre verdadero, al hombre honrado, al ciudadano, dicen, cómo debe ser. Hace mil y quinientos años que la Francia, la España y otras muchas naciones, han producido grandes santos, grandes héroes, sublimes artistas, poetas inspirados, hombres intrépidos y llenos de abnegacion; y sin embargo, tales naciones no han llegado á dar esa obra maestra que aquella

escuela nos ofrece; ese hombre incomparable, ese ciudadano modelo, en quien se encuentren por completo todas las cualidades. Fuerza, ciencia, valor, inteligencia, nada le faltará, si quereis: para vuestra satisfaccion, le concedo hasta las virtudes del hombre honrado. Mas, de esta educacion sin Dios, si el cielo permite que pongais en planta vuestros programas, ¿qué saldrá? Saldrá una generacion que os espante, una generacion como la del noventa y tres, una generacion como la de la comuna, una generacion como la que se ocupa actualmente de poner en ejecucion los decretos de 29 de marzo en la República francesa. Tendreis tambien ingenieros, notarios, abogados, defensores, farmacéuticos insignes, todo lo admito, si más quereis; pero hombres probos, ciudadanos verdaderamente honrados, yo os desafío á que me forméis uno solo con vuestras teorías.

De esta educacion sin Dios saldrá una raza de hombres pretensiosos, secos, duros, egoistas, viciosos, temerarios, que desgarran el seno de su patria; mas hombres honrados, buenos, virtuosos, rectos, abnegados, prontos á sacrificarse..... Nó, y mil veces no.

Si descendiendo de las clases que gobiernan á las masas populares, yo me pregunto con horror, cuál será el porvenir que se nos aguarda, de un pueblo formado con tal educacion; cuando sabemos que la educa-



do es cristiano, cuando pone su talento al servicio de Dios y de la Iglesia, bienvenido sea entre nosotros, si de consuno con el sacerdote, que pone á la vez el suyo, juntos trabajan en la obra comun; pero desgraciadamente la escuela laica, tal como la sueña el libre-pensamiento, es la enseñanza laica, ó llamando las cosas con sus nombres propios, es la *Escuela sin Dios*.

Ved de lo que voy á tratar.—Dos pensamientos reasumirán mi discurso. Demostraré primero, los peligros de la escuela sin Dios, y diré cuáles son los deberes de los católicos para contener la invasion de esa escuela sin Dios, en los países donde se introduzca.

## I.

La escuela sin Dios se compone de dos elementos: la ciencia sin Dios, y la educación sin Dios.—En las Santas Escrituras, Dios se llama, Dios de las ciencias, *Deus scientiarum dominus est*. [1. Reg. II. 3.] Seguramente es uno de los nombres más bellos que ha tomado; y en verdad que le conviene admirablemente, porque Dios es el principio y fuente de toda verdad. Le conviene también porque es el Padre de nuestra razón, que percibe la verdad. Dios es, además, el lugar de los espíritus, según la expresión de Malebranche. En este espíritu su-

premo se encienden todas las inteligencias, así como las estrellas toman su luz del foco del sol. En fin, se llama el Dios de las ciencias, sobre todo y principalmente, porque viene al socorro de la ciencia para iluminarla con sus revelaciones.

Podeis ya adivinar lo que resultará de una ciencia que presume pasar sin Dios. Vedlo en pocas palabras: terminará en el absurdo dogmático, en el orgullo del espíritu, y en el aborrecimiento del corazón. El absurdo, el orgullo, el aborrecimiento, tales son los tres términos fatales á donde va á parar la ciencia sin Dios.

La ciencia humana se halla al frente de tres problemas principales: el mundo, el hombre, Dios. Y sin Dios, ninguno de éstos recibe una solución satisfactoria.

Sin Dios, la ciencia puede comprender los fenómenos, analizar las sustancias, descomponerlas, volverlas á juntar, descubrir sus propiedades, pesar sus densidades: puede pulverizar el mundo, pesarlo en sus balanzas: no le disputo su poder; pero hay cuestiones que dominan las de análisis, como las cuestiones de origen, de último fin.—En efecto, —¿de dónde viene este mundo que se balancea en el espacio? ¿Es hijo de la nada, producido por el azar, ó hijo muy amado de un Creador libre é inteligente? Hay una causa final? ¿Tiende la creación á algun objeto? ¿Marcha en una vía armó-

niosa?—A estas cuestiones que son del dominio de la verdadera ciencia, que contienen la filosofía del mundo, nada responde la ciencia sin Dios, ó responde con absurdos. Sobre el origen del mundo, sus sistemas pululan. No son menos numerosos sobre la cuestión de las causas finales, sin contener alguno la verdad completa. Ninguno ha comprendido el fin que el mundo prosigue, hácia el cual es impelido á su pesar; ninguno ha percibido hasta ahora, el cántico de gracias en honor de su Autor.

La ciencia sin Dios que no resuelve el problema del mundo, tampoco explica el del hombre. ¿Qué es el hombre, que domina la creación, que de pié vive sobre el planeta que lo sostiene, y en el cual voga, como en una navecilla, balanceándose en el espacio? ¿De dónde viene? ¿Es impelido sobre la proa incandecente de su nave, como una planta criptógama en el campo? ¿Es el hijo perfeccionado del mono? ¿O bien es la criatura de Dios que tomó una poca de arcilla, animándola con el soplo de su boca?—Y después, yo pregunto: ¿qué es este hombre? ¿hay en él la unidad de sustancia? O bien, si hay en él dualidad, cómo se avienen los dos elementos? en qué lugar se unen?.....¿Qué pensar de las palpitaciones de su corazón? ¿Qué valor darles á las deliberaciones de su libertad? En fin, á dónde va este sér

misterioso? La tumba en la que se se acuesta, es la cuna, ó el postrer lugar de su nada? ¿es un pórtico, un arco de triunfo que conduce á la inmortalidad, ó el último lecho donde reposa de las fatigas de la vida y donde duerme un sueño eterno?..... ¿Tantas cuestiones que la ciencia sin Dios no sabrá resolver!

Y Dios mismo, ¿qué es? ¿existe? es espíritu puro? es un resultado? es distinto del mundo? es libre? gobierna? es providente? ¿Nos distribuye los rayos de su pensamiento, como los del sol? Castiga el crimen? será un mediador de la humanidad? ¿reserva un porvenir más ó menos lejano de castigos para el vicio, ó de recompensas para la virtud? Contamos con su influencia acá en la tierra? Tiene derechos qué hacer valer? En fin, que es Dios?

En el campo del libre-pensamiento, los unos responderán que Dios no existe; otros, que es la suma de las cosas creadas; algunos, que es un Dios progresivo, que se desarrolla con la humanidad.—Ved, pues, cómo la ciencia sin Dios concluye con el absurdo dogmático, sobre los grandes problemas que se proponen á la ciencia.

No hay duda que las antiguas escuelas poseyeron grandes hombres y profundos genios. Sobre este punto, Roma y Grecia no tendrán por cierto nada qué envidiar á los demás pueblos, y aun á todos los que existieron después que ellos. ¿Qué